



El fascismo no expropia de inmediato como el marxismo-comunismo; prefiere primero someter a quienes controlan los recursos, establecer alianzas tácticas, para luego capturar de forma total a la sociedad. Cambian los métodos, pero no el objetivo final: la subordinación del individuo frente al Estado.

Para el comunista, el fascista es el terrorista de la "libertad" que debe ser aniquilado. Para el fascista, el comunista representa la misma amenaza. Pero el problema no es quién está "más a la derecha" o "más a la izquierda"; el problema es que ambos creen que el individuo debe ser sacrificado por la voluntad colectiva impuesta desde el poder. Ambos son enemigos de la libertad, aunque utilicen distintos pretextos para justificarlo.

Persistir en la narrativa de que comunismo y fascismo son extremos opuestos no solo es un error conceptual: es una manipulación interesada. No por oponerse al marxismo uno es fascista, ni por rechazar el fascismo uno se convierte en marxista. Esta lógica binaria es infantil y solo sirve para ocultar lo esencial: fascismo y comunismo son más cercanos entre sí de lo que sus propios propagandistas quisieran admitir. No basta con seguir repitiendo que son "extremos" enfrentados. No lo son. Son ramas diferentes de un mismo tronco autoritario, que, bajo distintos

rostros y banderas, han dejado una herencia común: miseria, represión y sufrimiento.

La verdadera discusión no es cuál de ellos tolerar menos, sino por qué seguimos aceptando su existencia como opciones legítimas en una sociedad que dice aspirar a la libertad.

Rodrigo Salinas Rojas

Extremos

●Ante los recientes dichos de Axel Kaiser, recordando que el Partido Nacional Socialista era, efectivamente, socialista, es necesario profundizar en una realidad que suele ser incomprensida –o convenientemente distorsionada–: el fascismo no es un extremo opuesto al comunismo, sino otra variante del mismo impulso totalitario.